

ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA BIOLÓGICA

VOLUMEN XIII

**

Editoras

Magalí Civera Cerecedo
Martha Rebeca Herrera Bautista



Instituto Nacional
de Antropología
e Historia



Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
ASOCIACIÓN MEXICANA DE ANTROPOLOGÍA BIOLÓGICA
MÉXICO 2007

Comité editorial

Xabier Lizarraga Cruchaga
Abigail Meza Peñaloza
Florencia Peña Saint Martin
José Antonio Pompa y Padilla
Carlos Serrano Sánchez
Luis Alberto Vargas Guadarrama

Todos los artículos fueron dictaminados

Primera edición: 2007

© 2007, Instituto de Investigaciones Antropológicas
Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.

© 2007, Instituto Nacional de Antropología e Historia
Córdoba 45, Col. Roma, 06700, México, D.F.
sub_fomento.cncpbs@inah.gob.mx

© 2007, Asociación Mexicana de Antropología Biológica

ISSN 1405-5066

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización
escrita del titular de los derechos patrimoniales

D.R. Derechos reservados conforme a la ley
Impreso y hecho en México
Printed in Mexico

LA CATEGORÍA DE GÉNERO EN EL MODELO EVOLUTIVO PARA LA ELECCIÓN DE PAREJA

Pilar Chiappa

*Departamento de Etología, Dirección de Investigaciones en Neurociencias,
INPRF, Posgrado en Antropología,
Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM*

RESUMEN

Este trabajo es teórico, y está dividido en dos secciones. La primera presenta algunos abordajes recientes sobre la elección de pareja en hombres. Su intención principal es distinguir entre los supuestos del modelo contemporáneo de selección por elección de pareja y aquellos derivados de una disciplina en particular; para ilustrar esta distinción se comparan las definiciones de los atributos del atractivo de una mujer que hizo un psicólogo evolutivo con aquellas hechas por algunos antropólogos. Esta comparación desarticula los supuestos en grupos y, consecuentemente, abre la posibilidad para futuras articulaciones. La segunda parte de este trabajo es, precisamente, el esbozo de una sugerencia para una nueva articulación entre los supuestos del modelo de elección de pareja y la categoría de género para explicar la divergencia en los atributos del atractivo de una mujer en distintas poblaciones humanas.

PALABRAS CLAVE: evolución humana, evolución de pareja, género.

ABSTRACT

This is a theoretical work. It is divided in two sections. The first one is an analysis of some male approaches to human mate choice. The major intention in this section is to drive the reader's attention toward the distinction between the assumptions of contemporary mate choice selective model and those derived from a particular discipline. To illustrate this distinction the considerations on

human female's attractiveness made by an evolutionary psychologist are compared with those made by some anthropologists on the very same topic. This comparison disarticulates two groups of assumptions and consequently opens the possibility to further articulations. The second section of this paper is, precisely, a suggestion for a new articulation between the assumptions of the mate choice model and the gender category to explain the divergence in male mate choice between human populations.

KEY WORDS: human evolution, mate choice, gender.

INTRODUCCIÓN

Muchos estudiosos han abordado algunos aspectos de la evolución humana a partir de los modelos que conforman la teoría de la selección sexual, a manera de ejemplo me permito referir a Lovejoy (1981), Blaffer-Hrdy (2000) y Hawkes *et al.* (1998).

Es posible que esto responda a la versatilidad de las teorías de selección, incluyendo el modelo de elección de la pareja, para ser usadas bajo diferentes puntos de vista.

C. Darwin (1871/1998) formuló la selección sexual como una forma para explicar la evolución de los caracteres sexuales a partir de las ventajas reproductivas que éstos le otorgan solamente en relación con otros organismos de su mismo sexo. Esta teoría está conformada por diversos modelos como el de competencia espermática, el de competencia intrasexual y el de competencia intersexual o elección de pareja (por ejemplo, para el modelo general véase Andersson 1994). Este último establece una relación causal entre la elección de la pareja para el apareamiento y la evolución de los caracteres elegidos. Es uno de los modelos de selección más controvertidos debido a que en su forma original no explicaba la evolución de la elección, es decir, no atribuía ventajas a las preferencias. Fue R. A. Fisher, en 1930, quien inició la resolución del problema: 1) presentó evidencia de que en ciertas poblaciones algunos individuos se quedan sin pareja, mientras que otros obtienen muchas; 2) argumentó que sólo la existencia de la preferencia podría explicar esta diferenciación en el éxito reproductivo de individuos en una población, y 3) puntualizó que: "... the tastes of organisms, like their organs and faculties, must be regarded as the products of evolutionary

change, governed by the relative advantage which such tastes may confer ..." (Fisher 193, 1958, 2003, p. 136). Posteriormente, los trabajos de Bateman (1948) y Trivers (1972, citado en Trivers 1985) establecieron una relación entre la elección y la inversión parental (cualquier conducta de cuidado emitida por el progenitor y recibida por la cría para que aumente la probabilidad de su sobrevivencia). Esta idea confirió a la elección la función de compensar la inversión parental, en tanto que aumentaría las garantías asociadas con el costo de un evento reproductivo. Esta regla no está dada por el sexo sino por la inversión parental; de hecho, hay especies –como los caballitos de mar– en las que el macho es el que procura los cuidados parentales y, dando soporte a la relación de Bateman-Trivers, es también selectivo.

Actualmente, de acuerdo con el modelo de selección por elección de la pareja es posible predecir un sesgo en las oportunidades para el apareamiento entre los individuos de un mismo sexo debido a las preferencias de los individuos del otro sexo, siempre y cuando: 1) los individuos de un sexo estén bajo las mismas circunstancias en términos de las variables interdependientes que afectan la fuerza de la selección sexual –por ejemplo, que no haya diferencias entre éstos en la proporción operativa del sexo– (generalmente este requerimiento se mantiene analizando individuos de la misma población); 2) que haya diferencias entre los sexos en los factores que limitan el éxito reproductivo (por ejemplo, el éxito reproductivo de los machos limitado por el acceso a las hembras, y el éxito reproductivo de las hembras limitado por el acceso a los recursos alimentarios); 3) que haya variabilidad entre los individuos limitados por el acceso a la pareja en su potencial para mejorar el éxito de las crías (a menudo este potencial puede estar asociado con rasgos como la resistencia a parásitos o la defensa de un territorio), y finalmente 4) que los individuos limitados en su capacidad de concebir puedan discriminar estas potencialidades consiguiendo elegir los valores de aquellos rasgos que aumenten el éxito de la cría.

Es importante notar que el modelo es de tipo relacional. El hecho de que su aplicación requiera del establecimiento de ciertos términos no invalida la posibilidad de que sea aplicado sobre condiciones disímiles (para un desarrollo más preciso de esta argumentación véase Andersson 1994).

EL USO DEL MODELO DE SELECCIÓN POR ELECCIÓN DE LA PAREJA DESDE LA PSICOLOGÍA EVOLUTIVA

Entre 1993 y 1998, D. Singh y otros publicaron una serie de estudios que enfocaban la percepción del atractivo de las mujeres. Los trabajos de Singh sintetizan una parte del modelo de selección por elección de la pareja con el marco disciplinar de la psicología evolutiva, el cual supone que algunos aspectos de la conducta humana dependen de mecanismos psicológicos que se activan ante determinada pista ambiental y son adaptaciones especie-específicas surgidas en el ambiente de adaptabilidad evolutiva (Barkow, Cosmides y Tooby 1992). De acuerdo con esta visión, la pista ambiental apropiada iniciaría el mismo mecanismo psicológico en cada ser humano. Otro componente de los trabajos de Singh es una interesante elaboración sobre la distribución de la grasa corporal en las poblaciones humanas. Singh evidencia que la acumulación de la grasa en la zona glúteo-femoral es una característica sexual secundaria de las mujeres, la cual es distinguible externamente y medible con la tasa cintura/cadera (de aquí en adelante TC/C), y puede ser considerada uno de los indicadores médicos de salud, particularmente de la salud reproductiva (véase Singh 1993a, pero también una recapitulación más reciente en Singh 2002).

Los humanos tenemos un módulo cognitivo innato para detectar el potencial reproductivo de una mujer a través de su distribución de grasa corporal, que conlleva a la consideración sobre su atractivo: si está en un rango saludable es atractiva. La formulación de Singh no hace ninguna referencia a la relativa inversión parental de hombres y mujeres, pero dado sus términos ellos son considerados el ayudante secundario obligado, por lo menos durante un buen periodo de nuestro pasado evolutivo. Con todo eso en mente, Singh predijo un sesgo universal sobre el juicio de atractividad de ellas hacia aquellos valores de la TC/C relacionados con la salud, los cuales están alrededor de 0.7 (1993a). También reconoció que este sesgo no podría interpretarse como la única explicación para un proceso tan complejo como la elección de pareja en humanos, pero le dio una gran importancia, por lo menos para el inicio del proceso.

Al principio aplicó un cuestionario en el que los participantes debían ordenar, de acuerdo con su juicio sobre el atractivo, la juventud o la salud, doce dibujos, cada uno representando la forma corporal de mujer que resulta de cruzar tres categorías de IMC (bajo, normal, sobrepeso) con cuatro puntos de TC/C (0.7, 0.8, 0.9 y 1.0) (Singh 1993a). Durante cinco años, los trabajos realizados con este método mostraron que mucha gente, independientemente de su sexo, edad, profesión, nivel educativo y bagaje etno-cultural, juzgaba como “la más atractiva” a las figuras que representaban las mujeres con la menor TC/C (=0.7) (entre otros, Singh 1993b, 1994a, 1994b, 2000, Singh y Luis 1995, Singh y Young 1995, Henss 1995, Furnham, Tan y McManus 1997, Furnham, Dias y McClelland 1998, véase también Singh 2002). Estos autores interpretaron que las consideraciones sobre la atractividad de una mujer están sesgadas por una regla psicológica innata, la cual, metafóricamente, podría expresarse como “considera atractiva a la mujer que tenga una TC/C dentro del rango saludable”.

RETOS AL USO DE LA PSICOLOGÍA EVOLUTIVA DESDE UNA VISIÓN ANTROPOLÓGICA

En 1998, D. W. Yu y G. H. Shepard, usando una versión reducida del cuestionario de Singh, encontraron que los juicios sobre el atractivo de las figuras eran distintos en diferentes poblaciones, aun cuando los hombres encuestados tuvieran el mismo origen étnico: los machiguenga de Shipetiari (un lugar donde es frecuente el contacto intercultural) ordenaron las figuras de acuerdo con la TC/C, considerando más atractivas aquellas con la menor TC/C; en cambio, los machiguenga de Yomibato (un lugar donde el contacto intercultural es reducido) ordenaron las figuras de acuerdo con el IMC, considerando más atractivas aquellas con sobrepeso (Yu y Shepard 1998). Estos autores explicaron sus resultados en función de la influencia de la cultura occidental y si bien reconocieron la injerencia de los procesos evolutivos en la configuración humana actual, otorgaron el papel principal en la elección de pareja en las sociedades tradicionales a las normas que rigen las relaciones de parentesco (Yu y Shepard 1998: 322). Los autores alegaron que el proceso psicológico propuesto por Singh podría ser

reescrito por el bagaje histórico, cultural y familiar (Yu y Shepard 1998), dictando algo parecido a “no importa qué, considera atractiva a la más cercana al estándar educativo”.

Más tarde, A. Wetsman y F. Marlowe (1999) revelaron una inclinación por el mayor IMC entre los hadza. Ellos atribuyeron estas preferencias a las condiciones ecológicas, particularmente las demandas energéticas, y propusieron que estas condiciones moldean la noción de la atractividad de las mujeres (Wetsman y Marlowe 1999, pero véanse también Marlowe y Wetsman 2001). En este caso, el proceso psicológico implícito podría jerarquizar las prioridades, algo así como “si hay estrés energético, prefiere a la más gorda; si hay peligro de obesidad, prefiere la menor TC/C”.

Más recientemente, L. S. Sugiyama (2004) se dio cuenta de que la TC/C varía entre las poblaciones humanas y dedujo que los gustos de los hombres se calibrarían de acuerdo con los parámetros locales. Él puso las figuras del cuestionario de Singh en escala con la media local entre los Shiviari de Ecuador y encontró que ellos ponderaban las figuras que mostraban una TC/C menor que la media local. En este último caso la regla podría expresarse como “prefiere la menor TC/C dentro del rango disponible”.

Ésta son, actualmente, las posibilidades para explicar la preferencia o la indiferencia de los hombres por la TC/C. Es importante notar que todas las sugerencias suponen que ellos están casi obligados a elegir, ya fuera personal o familiarmente; en otras palabras, la elección de su pareja sería una estrategia sexual y no una táctica de apareamiento facultativa.

LA INSERCIÓN DE LA CATEGORÍA DE GÉNERO EN EL MODELO DE SELECCIÓN POR ELECCIÓN DE LA PAREJA

La propuesta teórica que se presenta en este trabajo surge a partir de las sugerencias formuladas por M. Andersson de considerar a la elección de pareja “as part of a mating tactic related to variation in phenotypic differences arising from unequal environmental influences upon individuals and populations” (1994: 379-395), así como aquellas de Wetsman

y Marlowe (1999, 2001) y de Sugiyama (2004) de considerar a la elección de pareja de los hombres en un contexto ecológico.

El primer punto consiste en recalcar que el concepto de “influencias ambientales” y condiciones ecológicas también incluye el ámbito socio-cultural: por ejemplo, la mortalidad de hombres durante una guerra podría cambiar la proporción de sexos operativa en una población y afectar el efecto de la preferencia de las mujeres por un carácter sexual secundario.

El segundo punto consiste en recalcar que los procesos de selección no son constantes en el tiempo: lo que puede ser una presión de selección en un momento y situación ecológica determinados, puede dejar de serlo en cualquier otro momento. Como se explicó anteriormente, para que haya selección sexual deben haber ciertas condiciones, como las diferencias entre los sexos en los factores que limitan el éxito reproductivo, las cuales no están presentes en todo momento y en todas las sociedades humanas. La elección de pareja ocurre en un ambiente social, por lo cual es razonable que los cambios en éste afecten, ya sea sosteniendo, disminuyendo, aumentando o anulando, dicho proceso.

El tercer punto consiste en establecer que las diferencias en cualquier rasgo socialmente valorado para la elección de pareja (como bella, buena madre, etcétera), siendo parte de la mediación próxima de ésta, pueden afectar la fuerza de la selección sexual por elección de la pareja. En otras palabras, las variables ambientales que afectan la preferencia pueden resultar de un sistema cognitivo de aprendizaje social.

El cuarto y último punto es operacionalizar dicho abordaje a través del concepto de género, bajo la idea de que el rol genérico puede alterar un proceso de selección por elección de la pareja. Actualmente se suele concebir a la categoría de género como una distinción entre “... aquello que es una construcción socio-cultural de lo que depende de la naturaleza de las relaciones de las mujeres con los hombres” (Stolcke 2004). Sin embargo, en la teoría feminista el género puede ser visto como un efecto discursivo y el sexo es a su vez un efecto del género (Stolcke 2004: 99). En este sentido, el género permite: 1) pensar fuera de los universales (incluido el sexo mismo como uno de éstos); 2) dejar de lado los determinismos biológicos y sociales, y 3) empatarlo con cualquier otro fenotipo resultante del aprendizaje y convertirlo en un nivel de selección para el modelo de selección por

elección de pareja. La filósofa feminista Geneviève Fraisse declara que “En el concepto de género juegan tres términos –sexo, género y diferencia entre los sexos– los cuales están enmarcados en un contexto filosófico y político [...] distinguir entre lo que depende de la naturaleza y lo que depende de lo social en la relación entre los sexos, separar el hecho biológico de la construcción cultural”. Fraisse apunta también que el vínculo analítico entre lo biológico y lo social significa una epistemología sostenida en la oposición entre natura y cultura. Este reconocimiento epistemológico la obliga a preguntarse acerca de su pertinencia: ¿la oposición naturaleza/cultura, como construcción conceptual moderna, es el único esquema de inteligibilidad posible? Ella piensa que la historicidad de la diferencia entre los sexos podría ser el hilo conductor, la historicidad no sólo como crítica de las representaciones atemporales de los sexos sino también como localización de los sexos en la fábrica de la Historia” (Fraisse 2001).

Desde una perspectiva evolutiva, la adhesión a la propuesta de Fraisse conlleva un problema ulterior: la historicidad se puede extender más allá de los límites de lo propiamente histórico para ampliar el recorrido hacia una historia natural de las relaciones entre individuos, más allá de las fronteras de lo humano, cualesquiera y borrosas que éstas sean. Ello implicaría abandonar las epistemologías dicotómicas que subyacen a la oposición entre natura y cultura, y entre humano y animal.

En conclusión, las posibilidades del modelo de elección de la pareja para estudiar el comportamiento humano no están agotadas porque pueden dar luz sobre la evolución de la mente y del comportamiento humano que apenas se han empezado a explorar de manera sistemática.

Agradecimientos

Estoy agradecida con el Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente y el posgrado en Antropología IIA/FFyL, UNAM por el apoyo brindado a este proyecto. Asimismo, extiendo mi agradecimiento a los dos dictaminadores anónimos de la primera versión de este manuscrito por sus constructivos comentarios.

REFERENCIAS

ANDERSSON, M.

1994 *Sexual selection*, Princeton University Press, Princeton.

BARKOW, J. H., L. COSMIDES Y J. TOOBY (EDS.)

1992 *The adapted mind: Evolutionary psychology and the generation of culture*, Nueva York, Oxford University Press.

BATEMAN, A. J.

1948 Intra-sexual selection in *Drosophila*, *Journal of heredity*, 2: 349-368.

BLAFFER-HRDY, S.

2000 *Mother nature: A history of mothers, infants, and natural selection*, Vintage, Londres.

DARWIN, C.

1871/1998 *El origen del hombre*, Edimat Libros, Madrid.

FISHER, R. A.

1930/1958/2003 *The genetical theory of Natural Selection* (a facsimil of the original 1930 edition with footnotes added showing were changes were made in 1958), Oxford University Press, Nueva York.

FRAISSE, G.

2001 *El concepto filosófico de género*. http://www.europarl.eu.int/transl_es/plataforma/pagina/celter/art2frai...

FURNHAM, A., M. DIAS Y A. MCCLELLAND

1998 The role of body weight, waist-to-hip ratio, and breast size in judgments of female attractiveness, *Sex roles*, 39: 311-326.

FURNHAM, A., T. TAN Y C. MCMANUS

1997 Waist-to-hip ratio and preferences for body shape: a replication and extensión, *Personality and individual differences*, 22: 539-549.

HAWKES, K., J. F. O'CONNELL, N. G. BLURTON JONES, H. ÁLVAREZ Y E. L. CHARNOV

1998 Grandmothering, menopause, and the evolution of human life histories, *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 95: 1336-1339.

HENSS, R.

- 1995 Misses Germany, Titelmädchen des Jahres, Playmates des Jahres usw. Zue Urteilerubereinstimmung bei offentlichen Schoneheitswettbewerbberbern und in psychologischen Untersuchungen, *Psychologische Beitrage*, 37: 124-139.

LOVEJOY, O. C.

- 1981 The origin of man, *Science*, 211: 341-350.

MARLOWE, F. Y A. WETSMAN

- 2001 Preferred waist-to-hip ratio and ecology, *Personality and individual differences*, 30: 481-489.

SINGH, D.

- 1993a Adaptive significance of female physical attractiveness: role of waist-to-hip ratio, *Journal of personality and social psychology*, 65: 293-307.
- 1993b Body shape and women's attractiveness: the critical role of waist-to-hip ratio, *Human nature*, 4: 297-321.
- 1994a Is thin really beautiful and good? Relationship between waist-to-hip ratio on judgment of women's attractiveness, *Personality and individual differences*, 16: 123-132.
- 1994b Waist-to-hip ratio and judgment of attractiveness and healthiness of female figures by male and female physicians, *International journal of obesity*, 18: 731-737.
- 2000 Waist-to-hip ratio: an indicator of female mate value, paper presented at *Human mate choice and prehistoric marital networks*, 16 International Symposium organized by the International Research Center for Japanese Studies, Kyoto, November 20-24.
- 2002 Female mate value at a glance: relationships of waist-to-hip ratio to health, fecundity and attractiveness, *Neuroendocrinology letters, special issue, Suppl. 4*, pp. 81-91.

SINGH, D. Y S. LUIS

- 1995 Ethnic and gender consensus for the effect of waist-to-hip ratio on judgment of women's attractiveness, *Human nature*, 6: 51-65.

SINGH, D. Y R. K. YOUNG

- 1995 Body weight, waist-to-hip ratio, breasts, and hips: role in judgment of women's attractiveness and desirability for relationships, *Ethology and sociobiology*, 16: 483-507.

STOLKE, V.

- 2004 La mujer es puro cuento: la cultura del género, *Estudios feministas*, 12: 264.

SUGIYAMA, L. S.

- 2004 Is beauty in the context-sensitive adaptations of the beholder? Shiwiar use of waist-to-hip ratio in assessments of female mate value, *Evolution and human behavior*, 25: 51-62.

TRIVERS, R.

- 1985 *Social evolution*, The Benjamin Cumming Publishing Company, California.

WETSMAN, A. Y F. MARLOWE

- 1999 How universal are preferences for female waist-to-hip ratios? Evidence from the Hazda of Tanzania, *Evolution and human behavior*, 20: 219-228.

YU, D. W. Y G. H. SHEPARD

- 1998 Is beauty in the eye of the beholder?, *Nature*, 396: 321-322.

